

CASTILLOS EN EL AIRE

(FRAGMENTOS Y ANTICIPACIONES)

FERNANDO DEL PASO



Amor, y la longitud del sueño: eso era, para los pájaros, el mensaje, la consigna que recibieron de las alturas. Carnaval inconcebible: las mantarrayas, con sus alas azules, determinaron que los amaneceres multicolores debían deslizarse por el horizonte onduladamente y sin aspavientos. En ese momento el cuervo, desde su negrura, gritó el precio de su rescate: cuatro joyas que, en sus múltiples caras, reflejaran el resto del mundo. Un mundo, por cierto, que por ésa y la única vez, fue sencillo de imaginar: bastaba multiplicar su logaritmo por tres violetas, para que luciera en toda su modestia. Por no decir en toda su miseria. Nada, entonces, resultaba válido: las torres del castillo eran de arenisca y el reloj marcaba la hora, el minuto, el segundo exacto, en el que se agregaban, pulverizadas, al mar.

Porque así era, así es, la singular aritmética de estos castillos: en sus recintos, la raíz cuadrada de un árbol es una paloma verde, y la raíz redonda de la luna una perla del tamaño de una naranja. Un crepúsculo elevado a la enésima potencia es igual a casi el universo. Una gaza multiplicada por dos nubes es igual a cinco sorpresas. Tres alegrías divididas entre dos astros es igual a un lago de blanca avena. Y el amor es al infinito como el azúcar mineral a la espuma resquebrajada...

El mar, como de costumbre, se encuentra a la vuelta de la esquina: harto de sí mismo, las revolcadas que sufre le dan vueltas a una conciencia de por sí cándida, pero en ocasiones ríspida: su blancura le sirve para asumir el espesor de la oscuridad, enredado en una congaja que relucientes solsticios se han encargado de carbonizar.

La puerta de cada uno de estos castillos es, lector, la entrada al reino del vacío y del silencio. Los que tengan ojos para ver, que vean. Los que tengan oídos para oír, que oigan. Muy pocos son los elegidos: bienaventurados ellos, porque sobre sus cabezas se deshojarán los alhelfes y el espanto. Y sobre sus cabezas, también, se volverán cenizas los dedos, los testículos, los tendones de un otoño senil y tembloroso, de almibaradas tinieblas que se consumen en llamas pálidas. Otoño padre de cavernas donde la luz líquida, vuelta estatua vegetal, se toca el pecho y de su pecho brotan latidos y gotas de

agua pesada, aguzados gritos, relámpagos que iluminan los trigales en ruinas.

Viejos estos castillos, antiguos como la mirada de los dioses, entierran su edad en una geografía ilustrada con campiñas amuralladas donde crecen rosas salvajes cuyos pétalos imitan la mueca estéril de una estrella negra. Fue así como nació la maldición: las brujas comenzaron a parir extraños seres de hueso y niebla, y las desventuradas hadas, encintas de nieve y azogue, parieron ángeles con tres alas. Infelices, también, las nubes dieron a luz lenguas blancas y leprosas, los arroyos parieron borborigmos de melaza, y las palabras, habiendo perdido su amor propio, se parieron a sí mismas sin tregua y sin recato, se multiplicaron como un cáncer enloquecido que devoró, insaciable y sin misericordia, el blanco de las páginas. Aunque también el granizo se parió a sí mismo, gota a gota, grano a grano, y por el hilo de la lluvia se deslizó su escándalo.

Y dijeron las palabras:

No todo ha de ser miel y musgo, cantar y olvidar, acero y trébol en este mundo: si el mar está enamorado del cielo, es porque comparte al viento. Si los pájaros odian a las sandías, es porque no cantan, ni se desangran, por las mismas venas. Si los espejos aborrecen a la noche, es porque no se contemplan en los mismos luceros. Si el llanto se casa con el alba, es porque aspira a tener los mismos hijos plateados, así que en este mundo, decíamos —dijeron las palabras— no todo es coser y acariciar el agua, morir y ordeñar a los lirios, fornicar y comerse a las luciérnagas.

Los castillos, aquí, tienen torres que crecen como brazos levantados, fosos donde antes corrían las aguas negras, y donde hoy crecen los nísperos. Este milagro se debió a la pertinaz pasión de dos amantes que aquí dejaron, derretidos, sus huesos. Pero no antes de apoderarse de todos los instantes de sus vidas, para transformarlos en besos y caricias. Tanto se amaron, cuenta la leyenda, y tanto envidiaron su amor aquellos que tuvieron el privilegio de contemplarlo, tanto admiraron la prodigiosa belleza de ella, la amada, que había pájaros dispuestos a morir con las alas abiertas sobre sus muslos y mariposas que intentaron derramar su polvo multico-

lor sobre sus párpados. Hubo, también, ciervos que cambiaban el terciopelo de su piel con tal de florecer en su vientre. Ofrecieron las manzanas su frescura por enrojecer en sus mejillas, los albaricoques su suave redondez, por madurar en sus pechos. Quiso el rayo amanecer en sus pupilas, el mar ofreció su espuma por crecer en su linfa, su perfume la rosa por habitar en su aliento. Daba su ardor el fuego por esconderse en su boca, el sol su luz para cegarse con su alma. Ofrecían las estrellas su oriente por ahogarse en sus lágrimas.

Pero algo, también, de mérito, tenía él, el amado por ella, porque era a su voluntad, y gracias a su destreza, que ella nacía al amor. Él, con sus dos manos en cuenco, imitaba la forma de sus senos, y los cuencos se llenaban de palpitaciones y reverberos como dulces piquetes de alfiler: la leche futura anunciaba en ellos su tibieza. Y, cuando él deslizaba su mano por el aire, imitando la curvatura del vientre de su amada, el vientre surgía a su conjuro, ondulada duna de sombreada arena, y en el centro un oasis donde apacentar el sueño.

Cuando llegaron los ventrílocuos celestes, hicieron hablar a la luna con los mandriles, y a los diamantes con las claves de sol. Fueron ellos, junto con recopiladores de leyendas áureas basadas en los recuerdos imaginarios de testigos henchidos de falsos juramentos, los que intentaron hacer un inventario de los castillos y sus alrededores, de sus patios donde se pasman el polvo y el fervor, y de los ignominiosos líquidos que escurren por sus muros: sangre y saliva ennegrecidas y cuajadas, fruto de rancias masacres. Pero ninguno de ellos mojó sus labios con la helada certidumbre del agua clara de sus fuentes. Azotaron en vano a los árboles de sus jardines con sus propias ramas, con la esperanza de hacerlos confesar el designio final de sus frutos e intentaron asesinar a la noche, que dormía refugiada en sus claustros húmedos, sofocándola con sus propias alas: nunca entendieron que, si Roma no se hizo en un día, estos castillos, en cambio, se hicieron en menos de una tarde y quizás en menos de un instante. Nunca, tampoco, sospecharon que los enemigos y los detractores de los castillos se transformarían en la sombra fugaz de sus fugaces sombras.



Para entender este misterio, es necesario darse cuenta que las horas, en la historia de los castillos, se han dado todas juntas como racimos de uvas preciosas, y que los racimos, a su vez, nos dieron el vino del tiempo: tapizadas las palmas de las manos con este vino desecado, hace tiempo que soplamos al viento un polvo dorado, y el polvo fue el orgullo del sol. Pero si la edificación de los castillos tomó lo que dura el estallido de una burbuja, su crónica necesitaría de la eternidad para cumplirse. Y la eternidad, tal y como la entienden los cronistas de los castillos, necesita a su vez, para entregarse, que escojamos su tiempo. Hay un tiempo sin apogeos ni redondeces, sin abismos y sin agujas de campanario, tiempo desnudo que transita por los corredores y los arrabales de los castillos sin dejar huella de su danza lineal y sin tacha. Un tiempo de lejanías inalcanzables, que no deja nunca sus mejores galas y sus mejores días en el fondo de las cloacas o en las espinas de las rosaledas, así sean las rosaledas de la más alta alcurnia. Si se cumple este tiempo, los castillos no naufragarán en el olvido, ni sus ruinas reventarán para agregarse a una noche sin fondo, alfombrada de celajes de grisú que atraviesan el infinito como latigazos.

Será prudente, sin embargo, ser cautos, y esto los cronistas lo saben: no hay que pedirle peras al olmo, agua de azahar a las piedras, lágrimas de seda al buitre. Porque sólo el que esté libre de pecado y no le pida sal a las siemprevivas, o a la lluvia que se vuelva yedra morada, o a la yedra morada que se vuelva campanas. Sólo a aquel que, abriéndose paso entre los estertores de pistilos rojos que con sus humos trazan arabescos en la niebla, y entre los tréboles de cuatro hojas que con verde tenacidad aletean en las melenas de los leones de bronce, le será dado encontrar la huella del ala del cisne que hace tiempo se posó en los hombros de la doncella que habitó estos castillos. Y encontrará entonces un bosque de follaje denso como el yodo con estanques de agua mineral y nocturna de profundidades invernales donde crepitan las membranas de los murciélagos y echan raíces las estrellas errantes y, en medio de este bosque, un claro luminoso, un lecho de césped y campánulas bañadas con licor de azucenas y plumas de codorniz, donde la don-

cella y su amante hicieron el amor, imaginaron el olvido, inventaron la vida y se enredaron en el sueño de un arcoiris que se muerde la cola, y de un cielo poblado de gaviotas de alas de arena que se desmoronan al primer intento de vuelo, un sueño, en fin, invisible y hueco como un grito que, desde entonces, es vigilado por una horda de chacales con los hocicos al rojo vivo, y por una turba de melancólicas cariátides con aliento a eucalipto y letárgicos niños con el corazón cubierto por costras de sal.

Pero cuidate, tú, histrión historiador de los castillos, de ese otro tiempo cuyas maniobras, aquí, no tienen nombre: llámalas imperio de la baja marea, madrugada de exprimidos colores que llora su amarillo y su naranja en el vacío, llámalas con la primera palabra que acuda, revoloteando, a tus labios, así sea una flor que engendró tu vientre y que extendió sus pétalos cuando abriste la boca, o una serpiente intestinal que hizo de tu lengua una flecha negra. Bautízalas, si quieres, con la primera leche que te quedó en los labios, con la primera baba de una puerca en celo, con la última savia de un rododendro que truncó el viento: las maniobras del tiempo no tienen nombre, y no hay, en este mundo, ni en sus alrededores, ni en sus sórdidas entrañas, ni en sus oscuros cráteres ensimismados en sí mismos, no hay palabras que rivalicen con su inmenso brillo.

Serás el profeta de estos castillos, el cronista de su apogeo y de su llenura, el adivinador de su decadencia y de su vaciedad, pero antes tendrás que arrancarles los ojos a los falsos profetas y venderlos, por docena, en unas redcillas, y extirparle a las campanas sus badajos y colgarlos de las ramas de los árboles para que entre ellas serpeen, jadeantes, las lenguas del cierzo. Y tendrás que enterrar tus venas y en sus puntas fijar anzuelos para que pesquen granates en las entrañas más rojas de la tierra, y deberás beber, del mar, los encajes de espumas olvidadas, y abrazar a los espejos para romperlos y encajarte en el corazón sus astillas agoreras.

Sólo entonces, y en la medida. En la medida en que el horizonte se las arregla para que lo confundan con un barco sin velas y sin dueño, sin marineros que aneguen el sopor núbil de los puertos con su ebria algarabía. Y con el sigilo, con el artificio mecánico del crepúsculo que se hace polvo en las madejas del monte, y con el silencio, parecido al fieltro, y la crueldad resbaladiza con la que el tigre afina sus colmillos en las tripas del aire.

Así, en esa medida, y con un ramo de disciplinas y susurros, con un puñado de requisitos casi resplandecientes, pero con amor y pericia también: con el amor con que los ojos de la música se abren en los pentagramas congelados, y con la pericia provocativa con que las amapolas recuperan, en cada filigrana, sus bordados postizos. Y si acaso con una pequeña salvedad, con una pizca de sapiencia hurtada a los templos más altos, con

unas migajas siderales con qué llenar, apenas, la muela de un poeta. Y sin dar marcha atrás, sin ver hacia los lados como los relámpagos. Pero con la sorpresa también, y con las ilusiones con que un soldado muerto se equilibra en el sonido de la espuma. Así, en esa medida, y con una condición inteligente:

Sin decir estas manos, estas manos desfloradas y cautivas en los compendios rosados de su piel, estas manos de corcho con preferencia por el fuego que han tocado, son mías. Sin decir estos ojos, estos ojos de álgebras rizadas bautizados con el clamor del viento que han visto, son míos. Sin decir, en otras palabras —y las palabras son también en la medida y con la belleza con que las frutas prefiguran o quizás enaltecen, quizás mienten el exterminio rojo del verano, su cataclismo exquisito— sin decir, decía, esta boca es mía.

Esta boca es tuya.

Pero también, y más que nada y que nadie, con la paciencia, con la paciencia immaculada con que los ángeles roen sus alas.

Esta boca es tuya. Esta lengua, estos labios, estos dientes, son tuyos. Piensa en una palabra: asesino. Pero no la pronuncies, no la dejes salir. Haz que se demore en el lecho tembloroso de tu lengua, y enrolla tu lengua para arroparla, para que quede prisionera como una criatura acurrucada en el seno de una ola encantada. Verás entonces que el asesino es un niño. En la báscula pesa lo que un cairrel de pelos de lince cazado en los suburbios azules del mundo. El asesino es un niño, vestido de chispas como anillos diurnos, sumergido, hasta el ombligo, en una lámpara coronada de brasas y fulgores antiguos. Quiso hacer suya la leyenda de los castillos, lavarse las manos con su espesa respiración de cal y canto, cerrar sus ojos a su abanico de miserias, nacer de nuevo y transformarse en el timonel adolescente que guiara a los castillos hacia las claraboyas de nuevos mediodías y de tardes de color cereza y de noches divinas y feroces, pero naufragó en un abismo de turbias, negras olas voluptuosas.

Esta saliva es tuya, y cada sílaba que escupas, lector incauto, está destinada a fecundar la intemperie y poblarla de palabras claras, a penetrar el mármol y transformarlo en talladas frases, a acariciar la luz y desbalagarla en luminosos himnos: no escaparás, ni de doradas mediocridades, ni de una ambigua, plebeya cursilería disfrazada de estruendo y majestad. A cambio de ello, recibirás como premio: días, quizás años de vida para ver cómo las garzas se prenden, con sus picos, de las esquinas de las nubes; cómo en los mataderos, degolladas, las banderas destilan sus colores patrios. Días, años, para ver cómo se consagra, no sólo la hogaza en los hornos: también el sol en su propia memoria, cuando vestido con sus destellos más espurios, se hunde en el mar como un dorado lastre, para dejar que el tiempo navegue con nuevas y aterciopeladas alas. Y tendrás

tiempo para saber cómo los santos de las capillas apagan de un soplo sus aureolas para dormir tranquilos, y cuándo los chorros de agua que brotan de las cloacas se vuelven tulipanes cristalizados, y cómo y cuándo las arenas movedizas que circundan las murallas vomitan relicarios pasmados, flautas petrificadas y fósiles de orquídeas con hojas como hélices trepidantes que trasudan laúdano y gozosos asombros.

Hay asimismo frutas recónditas e insalubres que en la oscuridad abren sus hocicos, armados con gajos que no son otra cosa que jugosas dagas con las que atrapan de las alas a las abejas trashumantes, de la misma manera que las garras tenaces del corazón de un poeta se prenden de ilusiones iluminadas por un resplandor dudoso y quebradizo en tanto que, colosales, cenicientos sollozos anidan en las gargantas del cieno y los sapos eructan rosas grises con olor a salmuera. Las gotas de la sangre de todos los colibríes que mató la tempestad vuelan a mi puño levantado y hacen de él una granada palpitante. Sus cuerpos tapizan la llanura y una manada de perros labradores cuya piel tiene el color de las amapolas, se lanza sobre su carne arrebolada, que huele a mieles acedas. Es así como un día, sin avisar, llega la muerte a los castillos y se derrama por el mundo: unta su tedio en los planisferios, sacia su sed en las pocilgas, oxidada, con su saliva, los ojos de las doncellas, fertiliza con su orina las cicatrices del carbón de las que nacen inmundas uñas negras y, con su aliento, marchita las siemprevivas.

Los propios puntos cardinales se rinden a la catástrofe: se desnudan, y sus cabellos, que son ríos verdes o abanicos de llamas blancas, se desprenden de sus senos. Sus bocas, que son borbotones de ajeno o capullos de azúcar, envían sus besos camino del limbo, y sus pupilas viudas, que lloran copos de ámbar o líquidos fantasmas, se desfilen en los torsos de sirenas frutales. Acosado por un deseo impronunciado de gloria espuria, el haber amarrado mis sueños a una piedra del Castillo de la Fama causó mi caída: descendí al fondo de mí mismo, anonadado. Bebí entonces en las cloacas de la memoria, y, de pie en un mundo turbio, llovido de serpentina grises y viscosas, me di cuenta que el día estaba



alfombrado, bien lo recuerdo, con los despojos de mis poemas. Morí entonces, de candor y de tristeza, en los brazos de un arcángel. Pero tuve tiempo de adivinar que los gusanos que brotarían de mi carne, convertidos en gemas verdes sus ondulantes lomos, habrían de desairar mis vestigios. Nunca me di cuenta que los signos que precedieron a mi derrumbe eran claros como la alborada, sonoros como la música de las esferas.

Mis novias pasadas me tejieron una guirnalda con raíces de terebinto, me enterraron al pie de la muralla del castillo, y me prometieron que las luciérnagas se encargarían de devorar mis ojos. Una de ellas me llenó la boca de nomeolvides para que nunca se me olvidara hablar. Y así fue: aunque estuve muerto por un tiempo y la mitad de un tiempo, me fue concedido el don de soñar y relatar mis sueños. Pero mis sueños fueron verdad aunque nadie, nunca, jamás, lo supo. Yo los hice verdad cuando me levanté de mis sombras para ser testigo de la vida del castillo.

Era un día de fiesta: los estanques del castillo estaban alfombrados de sargazos color ámbar, y sus muros y torres, de pulmonaria. Niñas con cuernos de topacio, asediadas por pensamientos que revoloteaban a su alrededor como abejorros invisibles, tocaban cítaras y oboes, en tanto un grupo de jóvenes dorados y esbeltos, con piernas largas como lanzas y abiertos sus pechos a los más oscuros presagios, cortejaban a doncellas cuya virginidad cuidaban los gerifaltes que, detenidos e inmóviles en el aire, sombreaban sus rubias, inocentes cabezas con sus alas. En la noche, iluminada por una luna llena, llegaron las mujeres de los valles aledaños y se pusieron en cuclillas y en círculo, para parir a sus hijos, sin saber que detrás de cada naranjo se escondía un rey de triunfos de rojas barbas que las escudriñaba con su catalejo. Terminados los partos, los reyes de triunfos las bombardearon con naranjas ácidas. Llegaron después los titiriteros que hacían danzar, con hilos de araña, a lagartijas vivas, y los gitanos que vendían colibríes encerrados en burbujas de vidrio. Las puertas se abrieron, después, para dejar el paso a una recua de mulas que cargaban, cada una, sobre el lomo de plateada, un arpa. ♪

LAS TABLAS CURVAS

YVES BONNEFOY

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel



El hombre que se encontraba en la orilla, cerca de la barca, era alto, muy alto. La claridad de la luna estaba detrás de él, posada sobre el agua del río. Un ruido ligero le decía al niño, que se acercaba silenciosamente, que la barca se movía, contra el muelle o una piedra. Encerraba en su mano la pequeña moneda de cobre.

"Buenos días, señor", dijo con una voz clara pero temblorosa, porque temía atraer demasiado la atención del hombre, del gigante, que estaba ahí, inmóvil. Pero el barquero, ausente de sí mismo como parecía estarlo, ya lo había visto, bajo los carrizos. "Buenos días, pequeño", contestó. "¿Quién eres?"

"Oh, no sé", dijo el niño.

"¿Cómo que no sabes! ¿Es que no tienes nombre?"

El niño trató de entender lo que podía ser un nombre. "No sé", dijo de nuevo, bastante a prisa.

"¿No sabes! ¿Pero sí sabes lo que oyes cuando te hacen una señal, cuando te llaman?"

"No me llaman."

"¿No te llaman cuando debes volver a casa? ¿Cuándo has estado jugando afuera y es hora de comer o de dormir? ¿No tienes un padre, una madre? ¿Dime, dónde está tu casa?"

Y el niño se pregunta ahora lo que es un padre, una madre; o una casa.

"Un padre", dice. "¿Qué es?"

El barquero se sentó sobre una piedra, junto a su barca. Su voz llegó menos lejana en la noche. Pero primero había emitido una especie de risa.

"¿Un padre? Pues es el que te pone sobre sus rodillas cuando lloras, y se sienta junto a ti por la tarde, cuando tienes miedo de dormirte, para contarte un cuento".

El niño no contestó.

"Es cierto, muchas veces uno no ha tenido padre", prosiguió el gigante como después de pensar un poco. "Pero entonces dicen que hay esas mujeres jóvenes y dulces, que encienden el fuego y nos sientan junto a él, que cantan una canción. Y cuando se alejan es para preparar unos platillos; se siente el olor del aceite calentándose en la olla".

"Tampoco me acuerdo de eso", dijo el niño con su voz ligera y cristalina. Se había acercado al barquero,

que ahora callaba, oía su respiración pareja, lenta. "Debo cruzar el río", dijo, "tengo con qué pagar el pasaje".

El gigante se inclinó, lo tomó en sus manos amplias, lo colocó sobre sus hombros, se irguió y bajó a su barca, que cedió un poco bajo su peso. "Vamos", dijo. "Agárrate bien de mi cuello". Con una mano detenía al niño por una pierna, con la otra plantó la vara en el agua. El niño se aferró a su cuello con un movimiento brusco, con un suspiro. Entonces el barquero pudo tomar la vara con las dos manos, la retiró del lodo, la barca se alejó de la orilla, y el ruido del agua se amplificó bajo los reflejos, en sus sombras.

Pasado un instante, un dedo le tocó la oreja. "Oye", dijo el niño, "¿Quieres ser mi padre?" Pero de inmediato se interrumpió, la voz quebrada por el llanto.

"¿Tu padre? ¡Pero si sólo soy el barquero! Nunca me alejo de las orillas del río".

"¿Pero me quedaría contigo, a la orilla del río!"

"Para ser un padre, hay que tener una casa, ¿entiendes? No tengo casa, vivo entre los juncos de la orilla".

"Me gustaría mucho quedarme contigo en la orilla".

"No", dijo el barquero, "no es posible. Y, ¡mira!"

Lo que debe mirar es la barca que parece inclinarse cada vez más bajo el peso del hombre y del niño, que aumenta a cada instante. El barquero la empuja penosamente hacia delante, el agua llega a la altura del borde, pasa por encima de él, llena el casco con sus remolinos, alcanza lo alto de esas largas piernas que sienten desaparecer todo apoyo en las tablas curvas. Pero el esquife no zozobra, más bien parece disiparse en la noche, y ahora el hombre nada, el pequeño aún agarrado a su cuello.

"No tengas miedo", le dice, "el río no es tan ancho, pronto llegaremos".

"Oh, por favor, ¡quiero que seas mi padre! ¡Quiero que seas mi casa!"

"Hay que olvidar todo eso", responde el gigante, en voz baja. "Hay que olvidar esas palabras. Hay que olvidar las palabras".

De nuevo ha tomado en su mano la pequeña pierna, inmensa ya, y con su brazo libre nada en ese espacio sin fin, de corrientes que se agolpan, de abismos que se entreabren, de estrellas.